

Oración para iniciar la reunión

Señora santa María,
 Tú has vivido junto a san José, tu esposo, y tu hijo, Jesús, tu vocación al amor:
 como hija, esposa y madre,
 conoces de cerca nuestras luchas en el camino de la familia.
 Queremos confiarte, Madre, hoy nuestra familia
 para que hagas de ella una nueva Betania, un hogar para tu Hijo.
 Que la reunión de hoy nos permita comprender mejor
 el plan maravilloso de Dios sobre nuestra familia.
 Muéstranos tu protección de Madre
 y ponnos junto a tu Hijo Jesús, nuestro Maestro y Amigo. Amén.

TEMA 2. VIVIR LA SEXUALIDAD: LA ESPERANZA GENERATIVA

1) INTRODUCCIÓN	1
2) LA PALABRA Y LA IMAGEN	2
3) ESPERANZA Y SEXUALIDAD	3
4) LA ACEDIA GENERATIVA.....	4
5) CONCLUSIÓN.....	5
6) CONCRETANDO	5
7) PRÁCTICA FAMILIAR	5
8) PARA PROFUNDIZAR.....	6

1) Introducción

Tras haber estudiado el mes pasado la dimensión conyugal de la esperanza, damos ahora un paso adelante para preguntarnos por nuestro modo de vivir la sexualidad conyugal y qué esperanza genera. Vivimos inmersos en un mundo posmoderno que con frecuencia esconde y oculta el misterio de la sexualidad humana. Recordemos que el curso 2018-2019 lo dedicamos a estudiar el libro de Fabrice Hadjadj *La profundidad de los sexos. Por una mística de la carne*. El último capítulo de esta obra comenzaba con un párrafo titulado “Misterio y publicidad”. Aunque nada parece más hostil al misterio que la publicidad, sin embargo esta última apunta constantemente al misterio.

Lo sabemos bien por experiencia propia, el sexo se interpreta culturalmente de modo exclusivamente hedonista, es decir, como una ocasión propicia para el placer venéreo. La consecuencia de ello es que la promesa que contiene la sexualidad humana queda frustrada tantas veces, tornándose en soledad y vacío que destruye o dificulta grandemente la vida de muchas personas. La sexualidad dirigida exclusivamente al placer roba toda esperanza al hombre, haciéndole recaer en el nihilismo. En este sentido, el filósofo coreano Byung Chul-Han ha denunciado que la desaparición del otro promueve un crecimiento del narcisismo, que provoca lo que ha denominado “la agonía del eros” que da título a uno de sus numerosos libros.

Este ocultamiento o enmascaramiento del misterio ha conducido a una desvalorización y banalización de la sexualidad inauditas. La pregunta que surge ante ello es la siguiente: ¿Cómo se ha podido llegar hasta aquí? Una primera respuesta es que la sexualidad es tratada como un producto de consumo que genera cuantiosos beneficios en un mercado regido por la oferta y la demanda, donde el “enganche sexual”, el *sex-appeal*, no parece tener techo como moneda de



cambio con los más variados productos. Aunque se pueda considerar como una bajeza moral, es un negocio lucrativo, rentable y seguro. El elemento novedoso que ha traído consigo la visión del 68 sobre la sexualidad es que este comercio sexual se pueda considera normal o incluso justificable desde el punto de vista moral en nombre de una libertad individual.

La mística del impudor que promueve la revolución sexual del 68 se debe, por consiguiente, a un cambio en la interpretación de la sexualidad. Convertir la sexualidad en simple sexo. Se trata de una reducción que objetiva al otro. Para la vista del *play-boy*, la hoja de parra se ha cambiado de sitio, y ahora cubre el rostro de la mujer. Con ello se ignora la intencionalidad de la mirada.

Cuando se abandona su significado de excelencia y la satisfacción se convierte en la medida, la sexualidad humana se convierte en un experimento colectivo y pierde la esperanza a la que está llamada: vivir y construir una comunión de personas.

En esta situación, es importante preguntarse por el valor real que tiene la sexualidad para el hombre y cómo vivirla para que se abra a la esperanza. Se trata de un misterio de enormes dimensiones, por lo que tiene un valor trascendente, es decir, remite a algo más allá de sí misma. Es lo que podemos denominar el significado simbólico de la sexualidad. El misterio no es algo oscuro que no se comprende, sino una luz que se conoce por revelación y provoca incesantemente a pensar y profundizar. Hadjadj, en la entrevista que concedió al Encuentro Madrid el pasado 16 de octubre afirma que la sexualidad humana necesita la esperanza para desplegarse, pues para que nuestra sexualidad se realice naturalmente, siguiendo su propia dinámica, es necesaria la esperanza. Y es que a diferencia de los animales, nuestra sexualidad no se realiza en el celo sino en el rito.

2) La Palabra y la imagen

Escuchemos ahora juntos la Palabra de Dios:

“Según está escrito: Te he constituido padre de muchos pueblos; la promesa está asegurada ante aquel en quien creyó, el Dios que da vida a los muertos y llama a la existencia lo que no existe. Apoyado en la esperanza, creyó contra toda esperanza que llegaría a ser padre de muchos pueblos, de acuerdo con lo que se le había dicho: Así será tu descendencia. U, aunque se daba cuenta de que su cuerpo estaba ya medio muerto .tenía unos cien años- y de que el seno de Sara era estéril, no vaciló su fe. Todo lo contrario, ante la promesa divina no cedió a la incredulidad, sino que se fortaleció en la fe, dando gloria a Dios, pues estaba persuadido de que Dios es capaz de hacer lo que promete; por lo cual le fue contado como justicia” (Rm 4,17-22).

Este fragmento de la epístola a los Romanos nos dice sobre Abraham que creyó contra toda esperanza, apoyado en la esperanza: “*Contra spem in spem*”. Se distingue así netamente la esperanza humana y la esperanza teológica. La estrecha conexión entre la fe y la esperanza que subraya el texto, tiene una conexión evidente con la experiencia de la paternidad. Y es que como afirma Gabriel Marcel ser padres implica un “voto creador”. Así, nuestro padre en la fe, apoyado en la esperanza, creyó contra toda esperanza que llegaría a ser padre de muchos pueblos” (Rm 4,18). Estas palabras, que se refieren al acontecimiento del sacrificio

de Abraham, se aplican a toda paternidad humana: espera donde no hay esperanza, abre un camino en medio del mar, relanza el futuro. Porque el futuro es una dimensión de la sexualidad antes de ser una dimensión del tiempo: es la posteridad, son los hijos que vivirán después de nosotros, fuera de nuestra visión y nuestra protección.

La imagen unida este texto podría ser el gesto de doblar la rodillas ante el Padre del que procede toda paternidad en el cielo y en la tierra (*Ef 3,14-16*). Abraham, tras el relato del sacrificio aprende a mirar a Isaac con ojos nuevos, con una mirada que sabe reconocer que Isaac proviene en último término del Padre, de Dios que redime el corazón humano, y que dilata la capacidad de ver más allá, que aguza el ojo para contemplar el fin último reconociendo el origen primero. Los padres, orando por vuestros hijos se ejercitan en el “voto creador”, abriéndose siempre de nuevo a un don misterioso. No consideran vana su oración si no se les concede lo que piden, pues si sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, cuanto más el Padre del cielo dará el Espíritu Santo a los que se lo piden (*Lc 11,13*).

Si el mes anterior nos ofreció la imagen del ancla este mes nos ofrece “anclar”, hincar las rodillas ante el Padre, como gesto de esperanza. En el español antiguo, se usaba la expresión “ponerse de hinojos” o “postrarse de hinojos” como sinónimo de arrodillarse. El término “hinojo” se deriva del latín vulgar *genuculum*, diminutivo de *genu*, “rodilla”, que, pasando por *yenojo*, dio lugar al medieval *inojo* con uso documentado en nuestra lengua, según dicen los lingüistas desde el siglo XX (aprox. 1140). Hinojar es un verbo en desuso, pero que emparenta con esperar, en este caso con esperar ser padres.

3) Esperanza y sexualidad

Podemos preguntarnos ahora, ¿qué esperanza está llamada a despertar la sexualidad? Cuando dos personas contraen matrimonio, el horizonte de futuro que se les abre resulta maravilloso, aunque después la vida cotidiana tiene poco que ver con lo que ellos soñaron o proyectaron. Y es que el plan de Dios supera siempre nuestros deseos y proyectos, para dilatarlos y engrandecerlos.

La unión en la carne contiene el deseo de una vida fecunda. La fecundidad es misteriosa, pues no la podemos controlar, ni tampoco es un producto que dependa exclusivamente de nosotros. Se trata de prolongar misteriosamente la vida, dando vida a otros que nos sucederán en el río de las generaciones. El deseo de fecundidad está estrechamente ligado al deseo de tener hijos y nietos. Pero cuando se absolutiza el deseo del hijo, convirtiéndolo en el “hijo del deseo” en expresión de Marcel Gauchet, el enigma de la fecundidad desaparece bajo el poder exhaustivo de la tecnología. El “voto creador” del que hablamos en el párrafo anterior y que implicaba la confianza en la acción de Dios, se torna en “poder tecnológico”, en el que el hombre produce y fabrica a su antojo, sin contar con el Creador. Cuando el deseo enferma requiere de terapia. Y es que esperar un hijo no es sinónimo de hacer un hijo. Lo producido y lo susceptible de ser producido son insuficientes como horizonte de la esperanza humana. Según el poeta Dante Alighieri, el deseo principal de toda alma es retornar a Dios, pues nuestro corazón tiende al Bien con mayúscula.

El deseo sexual ha de dirigirse así a la acogida del don de los hijos, que no se pueden planificar totalmente, pero que al mismo tiempo tiene que ver con el

drama de nuestra libertad que se pone en juego. La experiencia de la paternidad y la maternidad es fuente de una gran esperanza. La clave para integrar el deseo y el don se encuentra en vivir la verdad del amor en clave del don de sí. El amor precede al deseo y puede transformarlo en auténtica esperanza.

4) *La acedia generativa*

Un informe del Centro Nacional de Investigación Social en Italia del año 2010 constataba un decrecimiento del deseo que se manifestaba en todos los ámbitos de la vida. Parece que tenemos menos ganas de construir, de crecer, y de buscar la felicidad. Más de diez años después de este informe, podemos verificar que la cuestión planteada sigue vigente en nuestros días. Volver a desear en una sociedad desvitalizada y apagada es una de las tareas más necesarias para nuestro mundo occidental.

Padecemos una enfermedad a nivel planetario que podríamos denominar “acedia generativa”. El término *acedia* en la lenguas latinas proviene del término griego *akédia*, compuesta de *a-* (*alpha* privativa) y *kédos* (cuidado), que se puede traducir por “carencia de cuidado” y se puede interpretar como descuido por el bien que va desde la insensibilidad hasta la repugnancia del mismo. La *acedia*, por tanto, es causa y efecto de una catástrofe del deseo del bien y de la tensión hacia él, que elimina el gozo del bien ya recibido, el gusto de hacerlo, la confianza en la novedad futura, e induce en el sujeto un repliegue sobre sí que lo sustrae a la comunión del bien con los otros.

El término “*acedia generativa*” no se refiere a un vicio en términos morales, sino más bien a un esquema antropológico útil para comprender mejor el “desorden del deseo”, la enfermedad del mismo acerca de la fecundidad y la experiencia de la maternidad/paternidad, que probablemente incide en el descenso de natalidad más profundamente que las múltiples concausas económicas, sociales, culturales.

La procreación de un hijo, de hecho, no es obra de individuos, sino de una relación. Como afirma el sociólogo italiano Pierpaolo Donati, «es la relación quien genera» y, por consiguiente, la procreación es tal si todo el mundo relacional implicado es tenido en cuenta y adecuadamente juzgado. Este ambiente relacional es irreductible a la combinación de la libertad individual y del aparato técnico-científico, que es el esquema que habitualmente funciona en nuestra sociedad.

La filósofa judía Hannah Arendt, en su obra *La condición humana*, afirma que la natalidad es la categoría central del pensamiento político. Cada hombre aporta algo de imprevisible, de inesperado, algo nuevo en el mundo que es fuente de esperanza. Por ello afirma: “El milagro que salva al mundo, a la esfera de los asuntos humanos, de su ruina normal y ‘natural’ es en último término el hecho de la natalidad, en el que se enraíza ontológicamente la facultad de la acción. Dicho con otras palabras, el nacimiento de nuevos hombres y un nuevo comienzo es la acción que son capaces de emprender los humanos por el hecho de haber nacido. Solo la plena experiencia de esta capacidad puede conferir a los asuntos humanos fe y esperanza...Esta fe y esta esperanza en el mundo encontró tal vez su más gloriosa y sucinta expresión en las pocas palabras que en los evangelios anuncian la gran alegría: ‘Os ha nacido hoy un Salvador’” (p. 266).

5) **Conclusión**

Vivir la condición sexuada como un don de Dios para el hombre, implica el reconocimiento de una dimensión intrínseca del misterio del ser humano. El hombre, creado varón y mujer, ha de aprender a vivir en la carne la diferencia sexual. En la vocación conyugal, esta tarea se concreta en una escuela de donación mutua, que está abierta a la esperanza de la familia, a la procreación y educación de los hijos.

Como atestigua la historia de Abraham y Sara, el hombre está llamado a vivir la paternidad y la maternidad como un don que procede del Creador, de modo que la sexualidad humana está dirigida a la entrega mutua y la procreación y educación de los hijos. Este designio de Dios colma de esperanza el corazón del hombre, llamado a participar de la asombrosa fecundidad del Creador.

Nuestra sociedad posmoderna padece una “acedia generativa”, pues se ha vaciado de sentido el evento de la generación humana, transformando el “voto creador” en un deseo individual absoluto del hombre, saciado por el poder de la tecnología.

Si en el mes pasado reflexionamos sobre la esperanza conyugal como una esperanza común de los cónyuges que viven amándose y entregándose mutuamente, hemos visto ahora que la sexualidad ocupa un papel decisivo en la esperanza conyugal, ya que les dispone a recibir los hijos y a colaborar generosamente con Dios en su procreación y educación. La esperanza conyugal es así una esperanza carnal, y la esperanza de la carne, de la carne sexuada, para la fe cristiana se encuentra en el misterio de la Resurrección de Cristo.

La Iglesia en la liturgia de este mes nos invita a meditar las realidades últimas (muerte, juicio, infierno y gloria) a la luz de Cristo Resucitado, que vendrá de nuevo. La esperanza de la Iglesia se concentra en la expresión “Maranata” (“El Señor viene”) como afirma Pablo en *1Cor 16,22*.

6) **Concretando**

1. Comenta las luces y sombras de la interpretación posmoderna de la sexualidad.
2. ¿Qué esperanza despierta la sexualidad humana en tu matrimonio?
3. Comenta el fenómeno de la “acedía generativa”
4. ¿Qué prácticas sugieres para que la esperanza de la sexualidad sea cada día más real y pueda crecer?

7) **Práctica familiar**

Como práctica de este trimestre os proponemos ofrecerse como familia (al consiliario o a los presidentes o al jefe de equipo) para colaborar en alguna actividad de FdB.



8) Para profundizar

H. ARENDT, *La condición humana*, Paidós, Barcelona 2005.

BYUNG CHUL-HAN, *La agonía del eros*, Herder, Barcelona 2014.

F. HADJADJ, *La profundidad de los sexos. Por una mística de la carne*, Nuevo Inicio, Granada 2010.

F. HADJADJ, Entrevista Encuentro Madrid (16.10.2021);
https://www.youtube.com/watch?v=_L1Q4uAlBE4